



era una cosa de maricones

...imo ganador del premio Cervantes.

fueron mi primer modelo literario, que son cuentos donde no hay una sorpresa al final. Y donde la unidad del texto es una unidad rítmica, estilística, atmosférica.

O sea, tú comienzas ya como un cuentista. ¿Eso es lo que serías? ¿Cuál es el género en el que te sientes más cómodo?

Pasé del cuento a la novela después, pero he vuelto siempre al cuento. Y a veces digo que nunca he salido de él. Porque escribiendo novelas me quedan cabos sueltos que son cuentos.

¿Cuáles serían las características del novelista de las que tú carecerías o, si quieres, qué virtudes del cuento tendrías?

Quizá la virtud de la que yo carezca sea la paciencia. Mucha gente me dijo de mi primera novela, El peso de la noche: Oye, me gustó mucho tu novela pero se ve que te aburríste de escribirla.

Borges decía: Sólo hay que leer lo que se puede «leer de una sentada». ¿Tú crees que sólo debe escribirse lo que se puede escribir «de una sentada»?

Lo que pasa es que a mí me interesa mucho la unidad verbal, rítmica, atmosférica, la unidad interna de las cosas. Para eso hay que escribir de una sentada. Lo que no significa escribir en un día, pero sí no interrumpir la escritura ni un día. Interrumpir sólo para dormir, y a la mañana siguiente, después de leer lo que se escribió el día anterior, seguir.

Me gustaría tener un retrato generacional. Muchos escritores de tu generación surgieron en América Latina como una reacción a una novela telúrica, a una literatura naturalista. ¿Eso pasó también en Chile?

Pasó exactamente. Yo primero leo poetas. Eso me lleva a leer a Neruda, a Huidobro, a Vallejo, a López Velarde. Después a T.S. Eliot. Leo prosistas. A prosistas españoles, pero también a ingleses, irlandeses, franceses. Fui un pésimo lector de la novela chilena de esos años que yo encontraba muy geográfica, minuciosa y aburrida. Cuando publico mi primer libro, El patio, me entrevistan en una radio y me preguntan: «¿Qué le interesa de la literatura chilena?». Y yo digo: Residencia en la tierra de Neruda. Altazor de Huidobro. «¿Qué más?», me dicen. María Luisa Bombal, que era una escritora marginal. «Sí, ¿pero qué le interesa?». «Oiga, me interesa Joyce, me interesa Faulkner». Estaba comenzando a leer a Kafka. Eso irritó mucho a alguna gente en Chile. Yo había contestado con toda ingenuidad, no tenía entonces astucia literaria; decía simplemente lo que pensaba.

¿Cuáles eran las grandes figuras literarias del Chile de entonces?

Eduardo Barrios, Mariano La Torre, Luis Durand. El criollismo. Comenzó un cambio con la Bombal, que era una escritura más bien del género fantástico, poética. Sale en esos años un libro interesante, que es Hijo de ladrón de Manuel Rojas, que es una ruptura estilística con el pasado regionalista, criollista. Enseguida yo descubrí a Borges.

O sea, las dos grandes influencias fueron Joyce y Borges.

Si, y después Faulkner. ¿Qué pasó allí? ¿Por qué influyó tanto entre nosotros Faulkner?

Cuando dices «nosotros», hablas de toda América Latina.

De toda mi generación latinoamericana. Influyó mucho en Vargas Llosa, en Pepe (José) Donoso, en Carlos Fuentes, en García Márquez.

¿Eso porque el Sur de Faulkner se parece mucho a América Latina?

Claro. Pero mi primera conclusión es la siguiente: Faulkner inventó un espacio imaginario, el condado de Yoknapatawpha. Dio una libertad imaginativa y de lenguaje. Eso fue básico. Ese espacio imaginario es lo que nos diferencia de los criollistas. Fíjate, Macondo es un lugar imaginario. Santa María de Onetti es un lugar imaginario. El que está más cerca del realismo es Vargas Llosa, a pesar de que leyó mucho a Faulkner, pero es que también a los realistas franceses del XIX.

Macondo es Faulkner, por supuesto. En toda América Latina el gran descubrimiento es que el sur (de los Estados Unidos de América) se parece a América Latina: el realismo mágico es su expresión. Esa tradición, sin embargo, en Chile no existió, o no arraigó.

En Chile no hay realismo mágico. Hay una literatura fantástica que han hecho muchos, Pepe Donoso, pero no realismo mágico.

¿Por qué?

Primero, porque, al menos desde mi generación, el mundo de los escritores chilenos no es rural, ni selvático, como lo es el de Macondo, o el de Iquitos de La casa verde. El nuestro es un mundo muy urbano. En seguida, porque es un mundo en el que el gran tema literario son las historias de familias. Es la historia privada, en el sentido balzaciano.

Esta entrevista fue realizada por el periodista peruano Alfredo Barnechea en París, poco antes de que Edwards ganara el Premio Cervantes.

Temas y variaciones de Jorge Edwards.

Libros de cuento:

El patio (1952)
Gente de la ciudad (1962)
Las máscaras (1967)
Temas y variaciones (1969)
Fantasmas de carne y hueso (1992)

Novelas:

El peso de la noche (1965)
Los convidados de piedra (1978)
El museo de cera (1981)
La mujer imaginaria (1985)
El anfitrión (1988)
El origen del mundo (1996)

Memorias:

Persona non grata (1973)
Adiós poeta (1996)